

perro sabio. Pero ¿quién es perfecto en este mundo?

Los más grandes estratégicos tienen sus eclipses.

Los grandes disparates se componen de ordinario, como las cuerdas gruesas, de una multitud de hebras. Tomad el cable hilo por hilo, coged separadamente todos los pequeños motivos determinantes, los romperéis uno en pos de otro, y despues diréis: ¡ No es más que esto! Pero trenzadlos y torcedlos juntos, y ya aquello es una enormidad; es Atila vacilando entre Marciano en Oriente, y Valentiniano en Occidente; es Annibal que se retrasa en Capua; es Danton que se adormece en Arcis-sur-Aube.

Como quiera que sea, en el momento mismo en que él se percibió de que Juan Valjean se le escapaba, Javert no perdió la cabeza. Persuadido de que el galeote desertor no podía hallarse muy léjos, estableció vigías en acecho, organizó ratoneras y emboscadas y removió el barrio toda la noche. Lo primero que vió, fué el desorden del farol cuya cuerda habian cortado. Indicio precioso, que sin embargo sirvió para descaminarle, haciéndole desviar todas sus pesquisas é investigaciones hácia el callejon sin salida Genrot. En este eul-de-sac hay paredes bastante bajas que dan á unos jardines cuyos recintos tocan con inmensos terrenos sin cultivo. Era evidente que Juan Valjean debia haberse fugado por allí. El hecho es que si él hubiera penetrado un poco más adentro en el callejon Genrot, lo habria hecho así probablemente, en cuyo caso estaba perdido. Javert exploró aquellos jardines y aquellos terrenos como si hubiera buscado una aguja.

Al amanecer, dejó á dos hombres inteligentes puestos en observacion, y se volvió á la prefectura de policia, avergonzado como un polizonte á quien hubiera preso un ladron.

LIBRO SEXTO

EL PETIT-PICPUS

I

CALLE DE PICPUS, NÚMERO 62

Hace medio siglo, nada se asemejaba tanto á cualquiera puerta cochera como la puerta cochera del número 62 de la callecita de Picpus. Entre abierta habitualmente, de la manera más seductora, aquella puerta dejaba ver dos cosas que nada tienen de fúnebre, á saber, un patio rodeado de paredes tapizadas por una gran parra, y el rostro de un portero ocioso. Por encima de la pared de enfrente descollaban corpulentos árboles. Cuando un rayo de sol alegraba el patio, cuando un vaso de vino alegraba al portero, era difícil pasar por delante del número 62

de la pequeña calle Picpus sin llevar de allí un semblante risueño. Y sin embargo, era una mansion sombría la que acababa de verse.

En el umbral sonreían, en la casa rezaban y lloraban.

Si se conseguía, lo que no era cosa fácil, pasar más allá de donde estacionaba el portero, — lo que aún era, para casi todo el mundo, imposible, pues había allí un : *¡Abrele Sesamo!* que era preciso conocer ; — si, una vez pasada la portería, se entraba á la derecha, en un pequeño vestibulo, donde daba una escalera encerrada entre dos paredes, y tan estrecha, que no podía pasar por ella sino una sola persona á la vez; si no se dejaba uno asustar por el embadurnado de amarillo-canario con basamento color de chocolate que barnizaba aquella escalera; si se arriesgaba á subir por ella, pasaba á un primer descanso, y despues á un segundo, llegando por fin al primer piso, y en este á un corredor donde el embardado amarillo y el plinto achocolatado os seguian con apacible obstinacion. Escalera y corredor se hallaban alumbrados por dos hermosas ventanas. El corredor formaba un recodo donde ya empezaba á hacerse oscuro. Si se doblaba aquel cabo, se encontraba, despues de dar algunos pasos, una puerta tanto más misteriosa, cuanto que no estaba cerrada. Empujábase aquella puerta, y se hallaba uno en un cuartito como de seis piés cuadrados, embaldosado, lavado, limpio, frio, tapizado de papel nankin con florecitas verdes, de á quince sueldos el rollo. Una claridad blanca y mate venía de una gran ventana con pequeñas vidrieras que estaba á la izquierda y tomaba todo el ancho de la pieza. Por más que se miraba, á nadie se veía; se escuchaba, y no se oía ni un paso, ni un rumor, ni un solo acento humano. Las paredes estaban desnudas; la habitacion no tenia ningun mueble; ni siquiera una silla.

Escudriñando aún con la vista, notábase en la pared que hacia frente á la puerta un agujero cuadrangular, como de un pié cuadrado, enrejado con una verja de hierro, de barras entrecruzadas, negras, nudosas, sólidas, las cuales formaban cuadros, especie de mallas, de ménos de pulgada y média de diagonal. Las florecillas verdes del papel nankin llegaban con calma, y en buen orden, hasta á aquellas barras de hierro, sin que su fúnebre contacto las asustara ni las hiciera estremecer. Suponiendo que algun sér viviente hubiese sido bastante delgado para probar á entrar ó salir por aquel agujero cuadrado, la verja se lo hubiera impedido. No dejaba esta pasar el cuerpo, pero en cambio dejaba pasar la vista, es decir, el espíritu. Parecía que se habia pensado en esto, pues la habian forrado con una hoja de lata engastada en la pared un poco hácia atras y picada de mil agujeros más microscópicos que los de una espumadera. Por bajo de esta placa se hallaba una abertura enteramente igual á un buzón de correos. Una cinta de hilo atada á un alambre de campanilla colgaba á la derecha del agujero enrejado.

Si se tiraba de esta cinta, sonaba una campanilla y se oía una voz, que le hacia á uno estremecer, porque salía de un sitio muy inmediato.

— ¿Quién es? preguntaba la voz.

Era una voz de mujer, una voz suave, tan suave, que era lúgubre.

Aún habia aquí una palabra mágica que era preciso saber. Si no se sabía, la voz callaba y la pared volvía á aparecer silenciosa como si la tenebrosa oscuridad del sepulcro se hallara al lado opuesto.

Si se sabía la palabra, la voz decia :

— Entrad á la derecha.

Notábase entónces á la derecha, frente á la ventana, una puerta vidriera coronada de un ventanillo con cris-

tales y pintada de gris. Levantaba uno el picaporte, entraba por aquella puerta y experimentaba absolutamente la misma impresion que cuando entra en el teatro en una platea enverjada ántes de bajar la verja ni encender la araña. Hallábase, en efecto, en una especie de palco de teatro, alumbrado apénas por la vaga claridad de la puerta vidriera, estrecho, amueblado con dos sillas viejas y una estera enteramente raída, verdadero pasco con su barandilla á cierta altura que pudiera servir de apoyo, en la cual habia una tabla de madera negra. Este palco estaba enrejado, sólo que no era aquella una verja de palo dorado como en la Ópera, sino que era un monstruoso tejido de barras de hierro horriblemente empotradas y soldadas en la pared con enormes soldaduras que parecian puños cerrados.

Después de transcurrir los primeros minutos, cuando la vista empezaba ya á habituarse á aquella média luz de cueva, se esforzaba por penetrar al través de la verja, pero no podia extenderse sino á la distancia de seis pulgadas más allá de ella. Allí se encontraba con una barrera impenetrable de ventanas negras aseguradas y robustecidas con travesaños de madera pintados de amarillo color de miel. Estas ventanas eran unos tablones con juntas, divididos en largos listones delgados, y ocultaban todo el ancho de la verja. Siempre estaban cerradas.

Al cabo de algunos instantes, oía uno cierta voz que le llamaba, detras de aquellas tablas y que decia :

— Aquí estoy, ¿qué me queréis?

Era aquella una voz amada, á veces una voz adorada. Á nadie se veía. Apénas si se oía el ruido de un soplo. Parecía ser aquello una evocacion que os hablaba al través de las paredes de la tumba.

Si estaba uno en ciertas condiciones necesarias, bien raras, la estrecha tabla ó liston de una de las ventanas

se abria de frente, y la evocacion se convertía en aparicion. Detras de la verja, detras de la ventana, se divisaba, en cuanto la verja permitía divisarla, una cabeza, de la cual no se veía más que la boca y la barba; lo demas se hallaba cubierto de un velo negro. Entrevesábase una toca negra y una forma apénas perceptible cubierta de un sudario negro. Aquella cabeza os hablaba, pero no os miraba ni os sonreía jamas.

La luz que venía detras, á la espalda, se hallaba dispuesta de tal manera, que uno la veía á ella blanca, mientras que ella le veía á uno negro. Aquella luz era un símbolo.

Entre tanto, los ojos procuraban penetrar ávidamente por la abertura que allí habia aparecido, en aquella mansion sustraída á todas las miradas. Una profunda vaguedad cubria aquella forma vestida de luto. La vista buscaba en la vaguedad y procuraba distinguir lo que habia en derredor de la aparicion. Al cabo de muy poco tiempo, se apercibía de que no se veía nada. Lo que allí se veía, era la noche, el vacío, las tinieblas, una bruma del invierno mezclada con un vapor de la tumba, una especie de paz espantosa, un silencio donde nada se recogía, ni suspiros siquiera, una sombra donde nada se distinguía, ni áun fantasmas.

Lo que se veía era el interior de un claustro.

Era el interior de aquella casa triste y severa que se llamaba el convento de las bernardinas de la Adoracion Perpetua. Aquel palco donde uno se hallaba, era el locutorio. Aquella voz, la primera que habia hablado, era la voz de la tornera que siempre estaba sentada, inmóvil y silenciosa, á la parte allá de la pared, junto á la abertura cuadrada, defendida por la verja de hierro y por la placa de mil agujeros como por una doble visera.

La oscuridad en que se hallaba sumergido el palco enverjado provenia de que el locutorio, que tenía una

ventana por el lado del mundo, no tenía ninguna por el lado del convento. Los ojos profanos no debían ver nada de aquel lugar sagrado.

Y sin embargo, algo había más allá de aquella sombra, había una luz; había una vida en aquella muerte. Bien que aquel convento fuese el más murado de todos, vamos á probar nosotros á penetrar en él, y á hacer que el lector penetre con nosotros, y diremos, sin olvidar la medida, ciertas cosas que los narradores no han visto nunca, y que por consiguiente no han dicho jamás.

II

LA OBEDIENCIA DE MARTIN VERGA

Este convento, que en 1824 existía ya desde muchos años en la pequeña calle de Piepus, era una comunidad de bernardinas de la obediencia de Martin Verga.

Por consiguiente estas bernardinas se referían, no á Clairveaux, como los bernardinos, sino á Cîteaux, como los benedictinos. En otros términos, estaban sujetas, no á la regla de San Bernardo, sino á la de San Benito.

Todo el que ha hojeado algunos volúmenes en folio, sabe que Martin Verga fundó, en 1423, una congregación de bernardinas-benedictinas, teniendo á Salamanca por capital de la Orden y á Alcalá por sucursal.

Esta congregación tuvo ramificaciones en todos los países católicos de Europa.

Tales ingertos de un orden en otra nada tienen de inusitado en la Iglesia latina. Para no hablar sino sólo de esta Orden de San Benito de la cual tratamos aquí, diremos que

á ella se refieren, sin contar la obediencia de Martin Verga, cuatro congregaciones: dos en Italia, el Monte-Cassino y Santa Justina de Padua; dos en Francia, Cluny y San Mauro; y nueve órdenes, Valombrosa, Grammont, los celestinos, los camaldulenses, los cartujos, los humillados, los olivatinos, los silvestrinos, y, por último, los cistercienses: pues esta misma Orden del Cister, tronco de tantas otras, no es sino un vástago para san Benito. El Cister proviene de san Roberto, abad de Molesme, diócesis de Langres, en 1098. Ahora bien, en 529 fué cuando el diablo, retirado al desierto de Subiaco (era viejo. ¿Se habia hecho ermitaño?), fué arrojado del antiguo templo de Apolo, donde habitaba, por san Benito, de edad de diez y siete años.

Despues de la regla de las carmelitas, las cuales van descalzas, llevan un pedazo de mimbres al cuello y no se sientan nunca, la regla más dura es la de las bernardinas-benedictinas de Martin Verga. Están vestidas de negro, con una toca que, segun la prescripcion expresa de san Benito, sube hasta la barba. Una falda de sarga, de mangas anchas, un gran velo de lana, la toca que sube hasta la barba, cortada en cuadro sobre el pecho, la banda que cae hasta los ojos; tal es su hábito. Todo es negro, excepto la banda que es blanca. Las novicias llevan el mismo hábito, todo blanco. Las profesas tienen además un rosario pendiente al lado.

Las bernardinas-benedictinas de Martin Verga practican la Adoracion Perpetua, como las benedictinas llamadas Damas del Santísimo Sacramento, las cuales, á principios de este siglo, tenían en París dos casas, una en el Temple, y la otra en la calle Nueva de Santa Genoveva. Por lo demás, las bernardinas-benedictinas del Petit-Picpus, de las cuales hablamos, eran una Orden absolutamente distinta de la de las Damas del Santísimo Sacramento, enclaustradas en la calle Nueva de Santa Genoveva y en el Temple. Habia numerosas diferencias en la regla; y también as habia en

el hábito. Las bernardinas-benedictinas del Petit-Picpus llevaban la toca negra, mientras que las benedictinas del Santísimo Sacramento de la calle Nueva de Santa Genoveva, la usaban blanca, y tenían además sobre el pecho un Santísimo Sacramento como de tres pulgadas de alto, de plata ó de cobre sobredorado. Las religiosas del Petit-Picpus no llevaban este Santísimo Sacramento. La Adoracion Perpetua, comun á la casa del Petit-Picpus y á la casa del Temple, deja sin embargo una perfecta diferencia entre estas dos órdenes. Sólo hay semejanza para esta práctica entre las Damas del Santísimo Sacramento y las bernardinas de Martin Verga, á la manera que habia similitud para el estudio y para la glorificación de todos los misterios relativos á la infancia, á la vida, pasión y muerte de Jesucristo, y á la Virgen, entre dos órdenes que sin embargo estaban muy separadas, y aún á veces enemigas: el Oratorio de Italia, establecido en Florencia por Felipe de Neri, y el Oratorio de Francia, establecido en París por Pedro de Bérulle. El Oratorio de París reclamaba para sí la preeminencia, porque Felipe de Neri no era más que santo, mientras que Bérulle era cardenal.

Volvamos, pues, á la dura regla española de Martin Verga.

Las bernardinas-benedictinas de esta obediencia comen de vigilia todo el año, ayunan la cuaresma y otros muchos dias que las están designados, se levantan en su primer sueño desde la una de la noche hasta las tres para leer el breviario y cantar mailines, se acuestan entre sábanas de sarga, en todas las estaciones y sobre paja, no se bañan nunca, no tienen lumbre jamás, se disciplinan todos los viernes, observan la regla del silencio, no se hablan sino en las recreaciones, las cuales son de muy corta duración, y llevan camisas de sayal durante seis meses, desde el 14 de Setiembre, que es la exaltación de la Santa Cruz, hasta la

Pascua. Estos seis meses son una moderacion; la regla dice todo el año; pero la camisa de sayal, insoportable durante los calores del estío, producía fiebres y espasmos nerviosos; habiéndose juzgado necesario restringir su uso. Aún con ese alivio, el 14 de Setiembre, cuando las religiosas se ponen aquella camisa, padecen tres ó cuatro días de fiebre. Obediencia, pobreza, castidad, clausura: tales son sus votos, bastante agravados aún por la regla.

La priora es elegida, para tres años, por las madres, á las cuales se da el nombre de *madres vocales*, porque tienen voz y voto en capitulo. Una priora no puede ser reelegida sino dos veces, lo que reduce á nueve años el reinado más largo que es posible disfrute la prelada.

Nunca ven al sacerdote celebrante, el cual está siempre oculto para ellas por un paño de sarga tendido á nueve piés de altura. Durante el sermón, cuando el predicador está en la capilla, se bajan el velo sobre la cara; siempre deben hablar bajo, andar con los ojos fijos en el suelo y la cabeza inclinada. Un solo hombre puede entrar en el convento, el arzobispo diocesano.

Otro hay, sin embargo, que también entra, el jardinero; pero este es siempre un anciano, y con el objeto de que se halle perpetuamente solo en el jardín, y que las religiosas sean advertidas para evitarle, se le cuelga una esquila á la rodilla.

Hállanse sometidas á la priora, con una sumision absoluta y pasiva. Es la sujecion canónica en toda su abnegacion. Como á la voz de Cristo, *ut voci Christi*, al menor gesto, á la primera señal, *ad nutum, ad primum signum*, en seguida, con gozo, con perseverancia, con cierta obediencia ciega, *promptè, hilariter, perseveranter, et cæcâ quâdam obedientiâ*, como la lima en manos del operario, *quasi limam in manibus fabri*, no pudiendo leer ni escribir nada sino autorizándose ántes con un permiso expreso, *legere*

vel scribere non addiscerit sine expressâ superioris licentiâ.

Cada una de ellas, por su turno, hace lo que llaman *la reparacion*. La reparacion es la oracion por todos los pecados, por todas las culpas, por todos los desórdenes, por todas las violaciones, por todas las iniquidades, por todos los crímenes que se cometen en la tierra. Durante doce horas consecutivas, desde las cuatro de la tarde hasta las cuatro de la mañana, ó desde las cuatro de la mañana hasta las cuatro de la tarde, la religiosa que hace *la reparacion* permanece de rodillas sobre las losas, ante el Santísimo Sacramento, con las manos puestas, y la cuerda al cuello. Cuando la fatiga se hace insoportable, se prosterna de brucees, el rostro contra el suelo, y los brazos en cruz; este es todo su alivio de tan grande penitencia. En tal actitud, ruega por todos los pecadores y todos los culpables del universo. Esto es grande hasta lo sublime.

Como este acto se verifica junto á un poste, sobre el cual arde un cirio, dicese indistintamente, *hacer la reparacion ó estar en el poste*. Las religiosas, por humildad, prefieren esta última expresion, la cual encierra una idea de suplicio y de abatimiento.

Hacer la reparacion, es una funcion en la cual se halla absorbida toda el alma. La hermana que está en el poste no se volviera aún cuando cayera un rayo junto á ella.

Ademas, siempre hay una religiosa arrodillada ante el Santísimo Sacramento. Esta estacion dura una hora. Se relevan como los soldados en faccion. Tal es la Adoracion Perpétua.

Las prioras y las madres llevan generalmente ciertos nombres que se distinguen por una gravedad particular, y que recuerdan, no á los santos ni á los mártires, sino momentos y circunstancias de la vida de Jesucristo, como la madre Natividad, la madre Concepcion, la madre Pre-

sentacion, la madre Pasion. Sin embargo, tambien suelen llevar nombres de santas.

Cuando se dejan ver, nunca se las distingue más que la boca.

Todas ellas tienen los dientes amarillos. Jamas ha entrado en el convento un cepillo de dientes. Cepillarse los dientes es una cosa que se halla en lo alto de una escala misteriosa por bajo de la cual se lee sin duda: ¡ Perderás tu alma !

De ningun objeto dicen ellas nunca *mi* ni *mis*, *mio* ni *mios* ó *mias*. Nada poseen suyo, y nada deben poseer. De todo dicen *nuestro*; por ejemplo: nuestro velo, nuestro rosario; si hablaran de su camisa, dirian *nuestra camisa*. Á veces se aficionan á algun pequeño objeto cualquiera, como un libro de horas, una reliquia, una medalla bendita. Desde el momento en que se aperciben de que principian á tener interes por aquel objeto, están obligadas á darlo. Se acuerdan del dicho de santa Teresa, á quien una gran dama, en el momento de entrar en su Orden, dijo: Permitame usted, madre mía, que envíe por una santa Biblia á la cual tengo mucho apego. — ¡ Ah ! tiene usted apego á alguna cosa de este mundo ! la contestó la santa, pues entónces no entre en nuestra religion.

Á todas las está prohibido el encerrarse, y el tener un cuarto, una morada propia. Siempre viven con la puerta de la celda abierta. Cuando se acercan entre sí, una de ellas dice: ¡ *Alabado y adorado sea el Santísimo Sacramento del altar !* Y la otra responde: *Por siempre*. La misma ceremonia hacen cuando una llama á la puerta de la otra. Apénas han tocado la puerta, cuando ya se oye dentro una voz suave que dice precipitadamente: ¡ Por siempre ! Como todas las prácticas, esta concluye por hacerse maquinal e i fuerza de la costumbre; y la una dice á veces *por siempre* ántes que la otra haya tenido tiempo de de-

cir, lo que por otra parte es bastante largo: ¡ *Alabado y adorado sea el Santísimo Sacramento del altar !*

Entre las Salesas, ó religiosas de la Visitacion de San Francisco de Sáles, la que entra dice: *Ave Maria*, y la que recibe en su celda contesta: *Gratiá plena*. Tales son sus buenos dias que, en efecto, están « llenos de gracia. »

En cada hora del dia, la campana de la iglesia del convento hace oír tres campanadas suplementarias. Á esta señal, priora, madres vocales, profesas, conversas, novicias y postulantes interrumpen lo que están diciendo, lo que están haciendo ó lo que están pensando, y todas exclaman á la vez, si son las cinco, por ejemplo: — ¡ *Á las cinco y á toda hora, alabado y adorado sea el Santísimo Sacramento del altar !* Si son las ocho: — *Á las ocho y á toda hora, etc.*, y así sucesivamente, segun la hora que dé el reloj.

Esta costumbre, que tiene por objeto el suspender é interrumpir el pensamiento para encaminarle siempre hácia Dios, existe en muchas comunidades; sólo que la fórmula suele variar. Así, en el Niño Jesus, se dice: — ¡ *Á la hora que es y á toda hora, que el amor de Jesus inflame mi corazon !*

Las benedictinas-bernardinas de Martin Verga, enclaustradas hace cincuenta años en el Petit-Picpus, cantan los oficios en una salmodia grave, de canto llano puro, y siempre en alta voz durante todo el oficio. Doquiera que hay un asterisco en el misal, hacen una pausa y dicen en voz baja: *Jesus-Maria-José*. Para el oficio de difuntos, toman el tono tan bajo, que apénas la voz de mujer puede descender hasta ese extremo; resultando de ello un efecto impresionable y trágico.

Las del Petit-Picpus habian hecho construir una vasta bóveda, para sepultura de la comunidad, debajo de su altar mayor. Pero *el gobierno*, como ellas dicen, no permitió que aquella bóveda recibiese los féretros. Por consiguiente, cuando morian, las hacian salir del convento, lo

que las afligia y las consternaba como una infracción.

Por vía de consuelo, consuelo mediocre por cierto, habían obtenido el ser enterradas á una hora especial y en un rincón particular del antiguo cementerio de Vaugirard, que fué fundado en un terreno perteneciente, en otro tiempo á la comunidad.

Estas religiosas oyen la misa mayor, cantan las vísperas y todos los demas oficios divinos los juéves con la misma solemnidad que los domingos. Además, observan escrupulosamente todas las pequeñas fiestas, desconocidas de los profanos, que la Iglesia prodigaba en otros tiempos en Francia, y que aún prodiga en España y en Italia.

Sus estaciones en la capilla son interminables. Por lo que hace al número y á la duracion de sus oraciones, no podemos dar mejor idea de esto que citando las sencillas palabras de una de ellas: *Las oraciones de las postulantes son horrorosas, las oraciones de las novicias peores aún, y todavía son peores que estas las oraciones de las profesas.*

El capítulo se reúne una vez por semana; la priora le preside, y las madres vocales asisten. Cada hermana viene, por su turno, á arrodillarse en las losas, y á confesar en alta voz, en presencia de todas, las culpas y pecados que ha cometido en la semana. Despues de cada confesion, las madres vocales se consultan, é infligen en alta voz las penitencias.

Además de esta confesion en voz alta, para la cual se reservan todos los pecados algo graves, tienen también, para los pecados veniales, lo que ellas llaman *la culpa*.

Hacer su culpa, es prosternarse boca abajo, mientras los oficios, delante de la priora, hasta que esta, á quien nunca se da otro nombre que el de *nuestra madre*, avisa á la paciente, por medio de un golpecito que da en la tabla de su sillón, que ya puede levantarse. Se suele hacer la culpa por la cosa más insignificante; un vaso roto, un velo ras-

gado, un retraso involuntario de algunos segundos para asistir á un oficio, una nota falsa en el canto, etc., esto basta para hacer la culpa. La culpa es enteramente espontánea; la misma *culpable* (esta palabra se halla aquí etimológicamente en su *propi*: lugar) es la que se juzga y la que se inflige la penitencia. Los domingos y días de fiestas, cuatro monjas sochantres salmodian los oficios ante un facistol de cuatro atriles. Cierta día, una madre sochantre entonó un salmo que empezaba por la palabra *Ecce*, y en vez de *Ecce*, la cantora, distraida, dijo en alta voz estas tres notas: *ut, si, sol*; esta distraccion la costó una culpa que duró todo el oficio. Lo que hizo enorme esta culpa fué que el capítulo se echó á reír.

Cuando una religiosa, aún cuando sea la priora, es llamada al locutorio, se baja el velo de manera que, como hemos dicho ántes, sólo deja ver la boca.

Únicamente la priora es la que puede comunicar con los extraños. Las demas no pueden ver sino á su familia inmediata, y eso muy rara vez. Si por casualidad se presenta una persona de fuera, para ver á una religiosa á quien ella ha conocido ó amado en el mundo, se necesita para lograrlo toda una negociacion. Si es mujer, la autorizacion puede ser á veces concedida; la religiosa viene, y habla con ella al traves de las tablas-ventanas, las cuales no se abren sino para una madre ó una hermana de la monja. Excusado es decir que un permiso de esta naturaleza es siempre rehusado á los hombres.

Tal es la regla de San Benito, agravada aún por Martín Verga.

Estas religiosas no están alegres, rosadas y frescas como de ordinario lo están las jóvenes de las otras órdenes. Están pálidas y graves. Desde 1825 á 1830, tres de ellas se pusieron locas.

Dos años, por lo ménos, hay que pasar en el grado ó condicion de postulante, generalmente son cuatro años; el noviciado dura otros cuatro años tambien. Es raro que los votos definitivos puedan pronunciarse ántes de los veintitres ó veinticuatro años. Las bernardinas-benedictinas de Martin Verga no admiten viudas en su Órden.

En el interior de sus celdas se entregan á una multitud de maceraciones desconocidas, y de las cuales no deben hablar jamas.

El día en que una novicia hace su profesion, la visten con sus más lujosos trajes y adornos, y la cubren la cabeza con una hermosa corona de rosas blancas, despues de haberla alisado y ensortijado el pelo: en seguida se prosterna; tienden sobre ella un gran velo negro y cantan el oficio de difuntos. Entónces las religiosas se dividen en

dos filas, una de las cuales pasa junto á ella diciendo con voz lastimera: *Nuestra hermana ha muerto*, y la otra fila responde con voz placentera: *¡Vive en Jesucristo!*

En la época en que tuvo lugar esta historia, hallábase adjunta al convento una institucion de señoritas nobles, ricas la mayor parte de ellas, entre las cuales se distinguian á la sazón las señoritas de Sainte-Aulaire y de Bellissen y una inglesa que llevaba el ilustre nombre católico de Talbot. Educadas por las religiosas entre cuatro paredes, aquellas jóvenes crecian y se formaban nutridas con el horror al siglo y al mundo. Una de ellas nos decia un día: *Sólo el ver el empedrado de las calles me hacia estremecer de pies á cabeza*. Estaban vestidas de azul, con una papalina blanca y un Espiritu Santo de plata ó de cobre sobredorado pendiente del cuello. En ciertos dias de fiesta solemne, particularmente el día de Santa Marta, se las concedia, como un alto favor y una dicha suprema, el vestirse de monjas y hacer los oficios y las prácticas de San Benito durante todo el día. En los primeros tiempos, las religiosas las prestaban sus hábitos negros; pero esto pareció profano, y la priora lo prohibió. Este préstamo no fué permitido sino á las novicias. Es muy digno de notarse que estas especies de representaciones, toleradas sin duda y favorecidas en el convento por un secreto espíritu de proselitismo, y para anticipar á aquellas niñas el gozo de llevar el santo hábito, eran realmente una dicha y una verdadera recreacion para las colegialas. Se divertian sencillamente de aquel modo. *Era cosa nueva, aquello las cambiaba*. Cándidas razones de la infancia que por otra parte no siempre logran convencernos ni hacernos comprender, á nosotros los mundanos, esa felicidad de llevar un hisopo en la mano y de permanecer de siete horas enteras cantando á cuatro aute un facistol.

Las discipulas de la institucion se conformaban con to-

das las prácticas del convento, excepto las austeridades. No faltaban mujeres que, entradas ya en el mundo, y despues de llevar muchos años de casadas, no habian logrado aún perder la costumbre de decir precipitadamente cada vez que llamaban á su puerta : *¡Por siempre!* Lo mismo que las religiosas, las colegialas no veian nunca á sus parientes sino en el locutorio. Ni aún sus mismas madres obtenian permiso para abrazarlas. Hasta tal extremo rayaba allí la severidad sobre este punto. Una jóven recibió cierto día la visita de su madre, que iba acompañada de una hermanita de tres años. La jóven lloraba, porque habria querido besar á su hermanita. *¡Imposible!* Entónces suplicó que á lo ménos permitieran que la niña pasara su manita por entre la reja, para que pudiera besársela, lo cual la fué rehusado casi con escándalo.

IV

RECREOS

No por eso las jovencitas dejaron de llenar aquella grave mansion de deliciosos recuerdos.

En ciertas horas, la infancia brillaba en el claustro. Habia llegado el momento del recreo. Una puerta giraba sobre sus goznes ; y los pájaros decian : Bien, ¡ya están ahí las niñas! Una irrupcion de juventud inundaba aquel jardin cortado en forma de cruz como un sudario. Carras radiantes, blancas frentes, ojos ingenuos, llenos de luz espléndida, toda especie de auroras, se esparcian en aquellas tinieblas. Despues del estudio, de la meditacion, del rezo, de los oficios, de las salmodias, del lúgubre tañer de las campanas, hé aquí que de repente estallaba este alegre ruido de las niñas, más dulce y suave que un ruido de abejas. Abrióse la colmena de la alegría, y cada una traia su miel. Jugaban, se llamaban, se agrupaban,

corrian; hermosos dientecitos blancos charlaban en los rincones; velos negros vigilaban de lejos las risas; sombras medio escondidas acechaban los rayos de aquellos soles; pero ¡qué importa! no por eso dejaban de reír y de irradiar. Aquellas cuatro paredes lúgubres tenían sus instantes de deslumbramiento. Vagamente blanqueadas por el reflejo de tanta alegría, asistían ellas á aquel dulce torbellino de enjambres. Era como una lluvia de rosas que atravesaba por encima de aquel eterno luto. Las niñas retozaban y jugueteaban á la vista de las religiosas; la mirada de la impecabilidad no estorba á la inocencia. Gracias á aquellas niñas, había allí una hora alegre entre tantas horas austeras. Las pequeñas saltaban, las grandes bailaban. En aquel claustro, se hallaba el juego mezclado con el cielo. Nada tan encantador y tan augusto como el espectáculo que ofrecían todas aquellas almas candorosas y regocijadas. Homero habría venido á reír allí con Perrault; en aquel jardín negro había juventud, salud, ruido, gritos, aturdimiento, placer, dicha, para desarriugar y alegrar el semblante de todas las abuelas, las de la epopeya como las del cuento, las del trono como las de la cabaña, desde Hécube hasta la Mère-Grand.

En aquella casa, más que en ninguna otra tal vez, se han dicho de esas palabras y esas frases infantiles que tienen tanta gracia y que hacen reír con una risa delirante. Entre aquellas cuatro paredes fúnebres fué donde una niña de cinco años exclamó un día: — ¡Madre! una grande acaba de decirme que ya no me faltan más que nueve años y diez meses para salir de aquí. ¡Qué dicha!

Allí fué también donde tuvo lugar este diálogo memorable:

UNA MADRE VOCAL. — ¿Por qué llora usted, niña?

LA NIÑA (seis años) sollozando. — Dije á Alix que yo sé la historia de Francia. Ella me dijo que no la sé, y la sé.

ALIX, la grande (nueve años). — No. No la sabe.

LA MADRE. — ¿Pues cómo es eso, hija mía?

ALIX. — Ella me dijo que abriera el libro por donde yo quisiera, que la hiciese una pregunta que hay en el libro, y que ella respondería.

— ¿Y bien?

— No respondió.

— Vamos á ver eso. ¿Qué es lo que usted la preguntó?

— Abri el libro á ciegas, como ella quería, y la hice la primera pregunta que encontré.

— ¿Y qué pregunta era esa?

— Era: ¿Qué sucedió después?

Allí fué donde se hizo esta observacion profunda sobre una cotorra algo golosa que pertenecía á una señora pensionista:

— ¡Qué mona es! se come el dulce de su rebanada y deja el pan, como una persona!

Sobre una de las baldosas de este claustro fué donde hallaron la siguiente confesion, escrita ancipadamente, á fin de no olvidarla, por una pecadora de siete años:

» — Acúsome, padre, de haber sido avaricia.

» — Acúsome, padre, de haber sido adúltera.

» — Acúsome, padre, de haber dirigido mis miradas hácia *les monsieurs*. »

Sobre uno de los bancos de césped de aquel jardín fué improvisado por una boca color de rosa, de seis años, este cuento escuchado por ojos azules de cuatro y cinco años.

« — Eran tres gallitos, y estos tres gallitos tenían un país donde había muchas flores. Ellos cogieron las flores, y se las metieron en el bolsillo. Después de esto, cogieron las hojas y las pusieron con sus juguetes. Y había un lobo en el país, y allí había mucho bosque; y el lobo estaba en el bosque; y se comió á los gallitos. »

Y también este otro poema: